

# Helena de Troya, viajera del tiempo

José Luis Barrera Ruiz

Image not found.

# Capítulo 1

Después de leer a Hesíodo, Eurípides, Sófocles, Virgilio y Ovidio[1], concluí que estaba enamorado de Helena de Troya y que nada me haría más feliz que casarme con ella.

Nunca pude superar esa obsesión y, anoche, tuve un sueño en el que esta se concretaba gracias a algún tipo de encantamiento efectuado por las brujas de Macbeth o por Walter Mercado – ese detalle no lo tengo muy claro –. A continuación, lo repito tal como lo recuerdo:

Mientras reposábamos desnudos en nuestro lecho, me puse a reflexionar sobre la ropa de Helena y pensé: “ya no debe vestirse más con ese peplo; con él, evidentemente, se verá muy ridícula, a menos que lo utilice para asistir a una fiesta de fraternidad universitaria[2]”. Por esta razón, antes de iniciar nuestra vida juntos, decidí llevarla al centro comercial.

Esa misma tarde, entramos a un mall – lo llamo así para sonar aburguesadamente agringado –; al principio, todo era alegría, caminábamos tomados de la mano, haciendo chistes y besándonos a la menor oportunidad, pero, de pronto, la enorme aglomeración de gente que estaba cubriendo de saliva las vitrinas, la grosería de las dependientes y la indecisión de mi acompañante[3], terminaron por conducirme a una peligrosa subida de tensión, cercana al derrame cerebral.

Ya con una buena cantidad de paquetes y endeudado por diez generaciones, la llevé a la zona de los restaurantes, donde descubrimos que no existía vino, pan griego y, menos aun, ciervo, lo que fue el detonante para que Helena perdiera, finalmente, la paciencia, haciéndola estallar en una rabieta de proporciones homéricas:

— ¿Cómo se te ocurre traerme a esta pocilga? ¡Ay, si no hubiera huido de mi Menelao para venir a vivir contigo! Bien que me lo advirtió Zeus, mi padre... “Ese hombre no te conviene, no tiene futuro”, me dijo, pero yo, como una tonta, me dejé llevar por un par de palabras bonitas y varias promesas que seguramente nunca vas a cumplir... ¿No dices nada? ¿Por qué te quedas callado mirándome como un pendejo?

— Me parece que...

— “Me parece, me parece...” – repitió, haciendo muecas y una burda imitación de mi voz melodiosa –, TODOS los hombres son iguales, viven del “me parece” y no son capaces de preguntar nunca lo que una quiere...

— ¿Qué es lo que quieres, mi vida? – suspiré.

— ¡Deberías saberlo! ¿No dices que me amas? ¡ESTO ES EL COLMO!  
¡INSENSIBLE!

Polígono de Willis, donde se puede apreciar la exacta ubicación de la arteria basilar, que, en mi caso, estaba al borde del colapso.

En ese instante, mientras mi arteria basilar estaba luchando contra un coágulo recién formado, un sujeto, a paso de hiena[4], se acercó a la mesa con el perverso deseo de aprovecharse de la situación.

— ¡Señorita, tiene unas facciones tan perfectas que ni la ira puede deformarlas!

— ¡Ah...! ¿Enserio? ¿Usted cree?

— Sí, sí, y se lo puedo garantizar, porque soy representante de modelos.

— ¿Modelos?

— En efecto, si me acompaña, le explico mejor.

— No sé, es que yo...

— No lo piense demasiado, ¡puedo hacerla millonaria!

Esta frase fue lapidaria – para mí, claro –, y mientras Helena salía del mall junto con el desgraciado petimetre con cara de Brad Pitt venido a menos, yo iba camino al hospital con una trombosis en una de las arterias de mi cerebro.

Al despertar de un coma de varias meses – medio idiota y con el lado izquierdo del cuerpo paralizado –, me enteré, por la televisión, de que Helena, luego de colocarse unos implantes de mala calidad en los senos y en las nalgas, había ganado un concurso de belleza, pero que fue incapaz de ostentar el cetro por más dos horas, debido a que tuvo que ser intervenida de emergencia cuando las prótesis estallaron, en plena fiesta de coronación.

Chifa “de la patada”, perteneciente al señor Nifú Nifá, actual pareja de Helena de Troya.

— ... Miss Troya actualmente vive con el dueño de un restaurante chino, el señor Nifú Nifá. Fuentes cercanas a la exmodelo dicen que esta se rehúsa a ser fotografiada porque ha engordado cien kilos y se halla en medio de una crisis depresiva grave – concluyó la presentadora de televisión, mientras yo hacía esfuerzos sobrehumanos para coger una cuchara y

comer un pudín de pan.

En ese momento, sonó la alarma del reloj y desperté; mientras me secaba el sudor de la frente, me dije a mí mismo que no volvería a enamorarme, ni en sueños, de una reina griega.

-----

[1] Enumeración absolutamente innecesaria, pero que la pongo para recalcar mi profundísimo conocimiento de los clásicos (¿?).

[2] Eso tal vez la hubiese alegrado, si tenemos en cuenta que la degradación y decadencia de los estudiantes universitarios es equivalente o quizás hasta superior que la de su exmarido y sus "colegas".

[3] Comprensible, ya que el mal gusto de las últimas décadas del siglo veinte y de la primera del veintiuno es incluso más mitológico que la belleza de la propia Helena.

[4] Véase Animal Planet para una comprensión clara de esta metáfora.